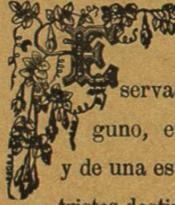


cias. No se puede apreciar hoy en el camino andado por la tolerancia, lo que significaba entonces, cuando aún ardía la Inquisición en el mundo, la presencia de un calvinista en los Consejos del Rey Cristianísimo. Verdad que, por calvinista, lo arrojaron del Gobierno, pidiéndole, para continuar en los Consejos de la Corona, una terrible abjuración de sus creencias íntimas y de su apellido religioso. Pero este mismo acto prueba la transcendental importancia de su presencia en el gobierno. Era una revolución religiosa. Y era una revolución política su convocatoria de los estados provinciales que trajeran el Estado general francés, las Asambleas Constituyentes. Y era una revolución social haber destruido por el pie cien abusos cortesanos y publicado las cuentas de gastos é ingresos, que hasta entonces permanecían en lo más secreto del gobierno rodeados por un impenetrable misterio. La Providencia estaba por la revolución.



## CAPÍTULO DÉCIMO-TERCERO

La corte y los cortesanos.

 N esta gran epopeya de la revolución todos los personajes tienen un trágico aspecto, porque todos tienen un fin desastrosísimo como el reservado en las tragedias clásicas á sus héroes y á sus protagonistas. Pero ninguno, entre tanto personaje histórico, ninguno de una desdicha tan grande y de una estrella tan infausta como la pobre Reina. Ella sí que fué la Reina de los tristes destinos. Y esta horrible desgracia produjéronla en parte su temperamento y su educación, de una ligereza fácilmente trocable por maldad y perversión, en parte un hado que nunca se cansó de perseguirla con furor hasta rematarla con crueldad. Emociones cambiantes, confianzas ciegas, amistades peligrosas, fiestas orgiásticas, orgullo rayano en soberbia con los enemigos y familiaridad rayana en bajeza con los amigos, favoritos y favoritas conjurados para perderla, convicción de que á los reyes de permitirseles todo sin pedirle cuenta de nada, confianza tristísima en que podía la persona de un Rey descender á los estercoleros y á los fangares como descende un rayo de sol sin macularse jamás, subrogación de los intereses públicos á las pasiones personales, cambio de sistemas capitalísimos á impulsos de caprichos continuados; todo esto y mucho más debe cargarse á la pobre Antonieta en su cuenta; pero no la casualidad tristísima de que concluyeran en su tiempo las perdurables rivalidades entre Francia y Austria, tocándole por un decreto del hado aparecer como una prenda de unión entre dos potencias, cuyos Monarcas se reconciliaban á impulsos del interés y de la razón de Estado, pero cuyos pueblos permanecían en una discordia que le arrancó sus bienes y su vida. No basta la hermosura más perfecta, la gracia más encantadora, el porte majestuoso y alado al mismo tiempo, el carácter atractivo y abierto, la generosidad, la elocuencia, la conversión literaria, el amor á las letras y á las artes para concordar intereses discordes, lavar manchas indelebles de sangre, trasmutar en favorable un espíritu público adverso, convertir en manantial de

sentimientos amistosos recuerdos como la batalla de Pavía y de San Quintín y de Rocroy, con guerras que por su duración se llamaban unas veces de siete y otras veces de treinta años, y conflictos cual aquellos encuentros de todas las potencias europeas en los campos de Velille, por la más legítima y mejor sucesión en los tronos de Austria y España. No se podía conseguir de un pueblo tan susceptible como el francés que considerara iris de paz, ángel de concordia, prenda de amistad, una princesa que le recordaba la posesión del Franco-Condado y de la Borgoña y del Rosellón y de la Cerdenia y de Flandes y de Alsacia y de Lorena por gentes extrañas, y la muerte de Bayardo y el cautiverio de Francisco I y la liga en que Francia estuvo á punto de desaparecer por toda una eternidad y los horrores de los Países Bajos y las venganzas tomadas en el Palatinado y la pérdida de Nápoles con Lombardia y tantos y tantos odios seculares como enemistaban á estos dos pueblos, con los cuales intentaba convivir la infeliz hija de María Teresa como una prenda fácil de imposible concordia, encargo que debía perderla como se pierden cuantos intentan vencer un imposible, así en la sociedad como en la naturaleza. Y esta victoria sobre un imposible, de que le encargaron su madre, María Teresa, el abuelo de su marido, Luis XV, no fué culpa de ella, fué culpa de aquel hado que la hizo nacer el día de difuntos, el año de la catástrofe horrorosa de Lisboa, en que pareció naufragar el Continente; que la hizo presenciar en los festejos de sus bodas un accidente, como la muerte de muchos parisienses aplastados por el exceso de asistencia á los fuegos artificiales; que la hizo encontrarse con un marido destinado á representar la decadencia del principio monárquico en su persona y con una regia familia brutal que nunca llegó á comprender cómo, perdiéndola y deshonrándola, en sus confabulaciones á ella, se perdía y se deshonraba irremisiblemente á sí misma.

Fueron sus padrinos aquellos mismos Reyes de Portugal, á quienes tocara sufrir un terremoto en que murieron dentro de la capital treinta mil de sus vasallos. La emperatriz, su madre, daba tan poco valor al advenimiento del noveno de sus hijos, que apostó dos ducados, bien baladí cantidad, con uno de sus gentileshombres, hallándose por los últimos días de su embarazo, acerca del sexo que debía traer al mundo su engendro. Como si algún presentimiento le anunciase la fatal estrella de su hija, no quiso el Emperador dar los banquetes de rúbrica en tales júbilos régios, y como si por todas partes hubiera de difundir la cuitada dolores y más dolores, púsose muy mala de sobreparto la Emperatriz madre, y aplazó á muy tarde las fiestas palaciegas consiguientes á todo imperial natalicio. La educación tampoco podría ser parte á corregir las imperfecciones del temperamento y los empeños del destino. Aquel horror de la etiqueta y aquella familiaridad con los inferiores, que hasta los demócratas é igualatarios más exaltados no perdonaban á la infeliz princesa, los adquirió en las costumbres de su casa y de su dinastía, enemiga de todo aparato, y dada á una sencillez verdaderamente patriarcal, que, con desdoro del respeto, imponían amistades, imposibles de todo punto, si ponéis entre vuestra persona y las personas de vuestros ami-

gos una larga distancia moral más eficaz para la frialdad de los efectos que las distancias materiales. Además, la sabia y viril María Teresa no dispuso del tiempo que necesita una madre para educar á su familia. Los desvelos por todos sus súbditos ocuparon el lugar de los desvelos debidos á los más cercanos, á sus propios hijos. No digamos á María Teresa, emperatriz de Austria, y por ende señora de muchos pueblos y territorios; á monarcas de menor tuste y de menores deberes, les quita el necesario espacio para ocuparse con calma en lo particular y doméstico de la obligación de ocuparse con precipitación en lo general y privado. Toda educación regia se resiente de lo mismo, de una gran carencia del cuidado maternal, tan insustituible de suyo en la cuna del Rey, como en los nidos del pájaro. Una institutriz ó un maestro no se creen jamás con autoridad para reprender á un príncipe, y toleran en la niñez torcimientos de voluntad que no pueden ya en la edad madura enderezarse. Y nadie necesita el señorío de la conciencia sobre la voluntad para someter las voluntariedades personalísimas al bien público como aquellos que han de mandar á los demás hombres, inmolando gustos propios y preferencias y predilecciones al sentimiento universal. Desde su aparición en Versalles mostró la reina de Francia todos los caprichos y todos los emperamientos y todos los defectos de una malcriada, que pide la luna, y le ofrecen la luna para que no se enrabie y patee. Con estos defectos sumábase otro muy grave, la burla que inspira en los niños el mandato, la reconvención, la riña de una persona que creen ellos inferior, y de cuyo poder ó autoridad interiormente se rien. Así nunca pudo curarse de tal enfermedad moral contraída en la infancia; el afán de burlarse, haciendo gestos y hablando cosas que la perjudicaban en el concepto de los heridos, cuyo número muy grande la desacreditaba en términos de hacerla completamente aborrecible á la mayor parte de los que la circuían, cuando tantas prendas puso el cielo en su hermosura y en su ingenio para congraciarse con las gentes y hacerse amable á todos, cosa imprescindible para los que, nacidos arriba y destinados al poder, habrán de servir á todo el mundo en la vida.

Ni de las estrellas que presidieron á su destino, ni de la educación que pusiera sobre su primera nativa naturaleza la segunda naturaleza, más fuerte aún, del hábito y de la costumbre, pueden pedirse á María Antonieta responsabilidades, obra unas de la Providencia Divina y obra de la Emperatriz madre otras. Lo cierto es que, al modo clásico antiguo, en cuyas historias y tragedias, mil oráculos anuncian el fin desastroso de aquellos que tienen allá en el cielo un astro enemigo; en los comienzos de la infeliz Delfina descúbrese á todas horas el fin trágico y horrible como un siniestro relampagueo continuo de la constelación bajo que naciera. El diminutivo de su nombre demuestra la creencia en su familia de que habían llevado al trono una tierna niña. Nunca la llamaron Antonieta en la corte de Austria; le llamaron madame Antonia, y siempre la dispusieron y educaron para el trono de Francia. Su madre, con razón hecha por su altísimo poder á contemplar una regia diadema sobre

la frente de cada uno de sus hijos, preguntóle desde que su Antonia entró en la edad núbil, dónde quería reinar y respondía ella: en Francia; inclinación sugerida por sus preceptores á instigación de María Teresa que consideraba sus alianzas con Francia como único medio de conjurar las amenazas de su gran interior enemigo, el reino prusiano, y de su gran exterior enemigo, el imperio ruso. Y si había elegido para este fin el mejor de los reinos, María Teresa, en cambio había escogido para esposo de su hija el peor de los reyes. No le faltaba, no, virtud al futuro yerno, pero le faltaba virilidad de hombre, y más aún, virilidad de monarca. La primera quizá fué, por causa y razón del influjo que tiene la herencia en los Palacios, la mayor desgracia de Antonieta. Enterado el Conde de Provenza, por muchos años heredero presunto, de la deficiencia del hermano mayor, y creyéndola irremediable, se acostumbra á la idea de recoger y heredar su trono, idea que le poseía por completo. Y como la enfermedad no fuera incurable, y á los siete años de matrimonio se curase á sabias operaciones quirúrgicas, teniendo el rey descendencia, nunca en la curación creyó su presunto heredero, atribuyendo los hijos que le quitaban el codiciado privilegio, no al amor de su hermano por la esposa en preñez, á infidelidades de ésta que le arrebatan de las sienas su corona. Bien desgraciada mujer. Pasa más de un lustro casada sin marido; y cuando la medicina le procura este compañero que parecía negado á su lecho por la Naturaleza, deslízase la interesada calumnia en su camino, y trueca la ventura, tan requerida y aguardada por su corazón de esposa, pues debía salvarla y asegurarle la corona sobre la cabeza, en un espantoso delito. Pues tampoco de tal desgracia debía la Reina, pues si tenía delitos imperdonables y llegó á cometer faltas, que si en una persona particular acaso no tuvieran gravedad, llegaban á trocarse arriba, sobre un trono, en verdaderos crímenes, por lo transcendentales al Estado y al bien público, nunca tuvo faltas de fidelidad, nunca, y sus ligerezas, sus placeres, sus coqueteos, sus cenas parecidas á orgías, sus amigos que tomaban aire de amantes, nunca le hicieron perder el recato, ni la perturbaron hasta el extremo de sustituir un hijo de fáciles amores al hijo de santo matrimonio.

Cuando la Reina se sintió madre por vez primera, no pudo contener su alegría, que irradiaba sobre todo y sobre todos en los arrebatos y en los estremecimientos de una verdadera efusión. Habiendo llorado mucho la esterilidad terrible de su matrimonio, pasó del extremo de pena y desesperación al extremo de gozo y esperanza. Contábale á todo el mundo lo que le sucedía é iba como loca por palacio. Había razones generales y razones particularísimas para este júbilo. Son á toda casada connaturales de suyo las primeras, y son á una Reina en su situación más naturales aún las segunda, en este caso de un carácter especial. Mientras no tuviera hijos podía creerse la desamada del Rey por la corte y extranjera de suyo al pueblo y á la nación. Su seno palpó al fruto primero de bendición porque le daba las grandes prerrogativas de madre y palpitaron sus sienas porque aseguraba en ellas para siempre su corona de Reina. En cuanto se vió que ya era fecundo su enlace, lo

notificó á la Emperatriz María Teresa, y seguidamente á todos aquellos que se le acercaban, y que allá en sus ilusiones quería ella unir y asociar á su dicha. Desde tal punto sólo se cura en su felicidad increíble, del aseguramiento de un feliz parto. Consulta con los médicos toda una higiene conveniente á las embarazadas y sigue sus rescriptos con una obediencia rigurosa que parece completamente militar. Gran amazona, renuncia de grado á toda equitación. El billar, que privara en sus distracciones, quedó abandonado por expuesto á golpe. Pasaba sus mañanas cosiendo, y ambulando á pie sus tardes. Como el partero, designado á cuidarla, no le diera permiso, jamás, ni por un minuto, la futura madre tomaba el coche. Olvidóse de recepciones, fiestas, teatros, bailes, absorta en la meditación sobre su felicidad, atenta su reconcentración á las palpitations del feto, siguiendo la evolución fisiológica de su criatura como si la estudiara con fines científicos, y pesándose á cada quincena de días para enterarse del crecimiento y de la robustez del aguardado hijo. Más reflexiva de inteligencia, más enseñoreada de la voluntad; sin aquellas futelezas y niñadas de la vida que le quitaron el ascendiente propio de sus altas calidades; encantada con los hechizos de su dicha; reclusa dentro de sí misma tras la disipación del tiempo en rogocijos más ó menos temerarios, no hablaba sino del placer que sentiría viendo llegar á un hijo angel bajado á la tierra desde los cielos, ó de las atenciones que pensaba prestar á la educación de semejante alma en capullo, y al cuidado de su cuerpecillo débil y frágil. No quiere limitar á sí la ventura que golpea en las puertas de su hogar; y la notifica por un acto de caridad, donando quince mil libras para el rescate de nodrizas presas por deudas á su pueblo de París, y cuatro mil á su pueblo de Versalles, recibidas con tales transportes de gratitud y júbilo en ambos puntos que hubiera podido creerse realizada ya una eterna concordia entre la corona y la democracia, por siempre arraigada en el suelo francés la dinastía de los Capetos.

Era el 18 de Setiembre de 1778. La reina se había muy temprano metido en la cama sin experimentar ni tener ninguna incomodidad. Daban las once y durmió hasta la una y media en sueño sin ensueños, tranquilo y feliz. A la una y media despertó sobresaltada: el dolor le anunció la realización de sus esperanzas. Los designados en el ceremonial, como autorizados á presenciar estos momentos, acuden. A las tres despiertan el Rey. A las tres y media los príncipes con sus respectivas familias llegan. Como el ritual cortesano quiere que todas estas gentes presencien el parto, no se puede respirar en el gabinete de la parturienta que se ahoga y se muere casi, en la precisión de disimular su dolor y reprimir sus quejidos. Todos los ojos se fijan en la infeliz; y como no sea posible recatarla de curiosidad alguna y se necesite abrir las puertas á tantos privilegiados, como deben allí penetrar, hay quien hace que lo aúpen y que lo suban á una silla para ver y contar cómo paren las reinas. Tras unas doce horas de parto, la parturienta pare bajo infernal temperatura y espantoso fragor. Pero no se oye que la criatura, recién caída en brazos de los apercebidos á

recogerla y aguardarla, se remueva de modo alguno, y menos que grite. La reina cree que ha parido un feto muerto, y terrible conmoción sacude todo su cuerpo, cual si le asaltase una epilepsia. Por fin oye que rompe á llorar la criatura, y sabe que es una niña. Los nervios, mantenidos en tensión al esfuerzo de los deseos y de la esperanza, no pudiendo continuar más tiempo remontados tras la certidumbre y la evidencia de lo sucedido, se aflojan é impelen á la parida en su decaimiento á una depresión de la vida manifestada por síncope larguísimo. El calor de la irrespirable atmósfera; el ruido de una concurrencia que asiste á tan dolorosa enfermedad, como pudiese asistir á un gran espectáculo; el padecimiento de dolores tan agudos y tan irresistibles aun á las parturientas más robustas: los esfuerzos indispensables para disimular penas y acallar quejidos; el pudor vulnerado; el ansia por saber primero si ha nacido viva la criatura y después á qué sexo pertenece; la emoción subsiguiente á la certeza de todo cuanto ha pasado por ella, concluyen dominándola de modo que le sobrecoge un desmayo parecido á la muerte y entra en la inmóvil rigidez de un cadáver. Al ver esto la princesa de Lamballe, amiga predilecta de la Reina, é intendente de su casa, cae desplomada como si un rayo la hiriera, esparciendo gran terror en la familia y en la servidumbre, que creen sobrevenida una irreparable desgracia. Procédese á un despejo de la habitación, y se van los curiosos, penetrados del convencimiento de que ha muerto la reina, y se oyen gritos pidiendo agua caliente, con el fin de sangrar á la traspuesta. No llega el agua, y va llegando la muerte. Al temor, el médico saca su lanceta y pica como un aguijón las venas de Maria Antonieta en seco. La picada no pudo darse con mayor oportunidad y acierto. Si tarda un minuto más, la reina muere. Pero la sangre brota en abundancia, y la moribunda recobra [el conocimiento con presteza y vuelve á la vida con facilidad. Al verla de nuevo en sus cinco sentidos un júbilo sin igual estalla en frases entusiastas que se dicen y abrazos efusivos que se dan unos á otros. El Rey, sobrecogido de alegría por la satisfacción de ser padre; ya enamorado de su esposa desde que entró en su plena posesión; dado al naturalísimo placer de mostrar la criatura por todo palacio, no supo nada de lo que había ocurrido y no llegó á enterarse del daño hecho á la reina por aquellos litúrgicos hechos de la etiqueta y del peligro que había corrido la mujer amada sino después de haber ocurrido todo y pasado. Ya pudo entregarse la corte á una alegría, que fué intensísima. Sin embargo, natural desencanto agué la fiesta. Esperaban un príncipe y vino una princesa. En la reina, no obstante tal contrariedad, á todo se sobrepuso el amor de madre. Por lo mismo que nadie la deseaba, ella la quiso más. Un príncipe hubiera sido todo para el trono de Francia; una princesa toda para el corazón de su madre. Y á su vez el Rey, tan acostumbrado al movimiento de las cacerías y de los paseos, se quedó como inmóvil entre la cuna de su hija que contemplaba con arrobamiento y el lecho de su mujer á quien cuidaba con solicitud, más dichoso por marido y padre que por príncipe y monarca.